

## Presentación

---

Al ofrecer a nuestros lectores la primera entrega de estos *Cuadernos Políticos*, más que formular una serie de buenos propósitos, queremos dejar constancia del campo teórico y problemático en el cual la revista aspira a desenvolverse.

*Cuadernos Políticos* parte de un reconocimiento explícito: la riqueza de las últimas contribuciones marxistas a la economía, la filosofía, la antropología y otras disciplinas, hace del pensamiento de Marx el punto de referencia obligado para la cultura universal contemporánea. La ruptura con el dogmatismo y el nuevo y multilateral impulso adquirido por las fuerzas revolucionarias en todo el mundo, reintegraron al marxismo su carácter de teoría crítica, integral, resultado y a la vez proyecto de la praxis social.

Paradójicamente, por lo que hace a América Latina y a México en particular, este resurgimiento general del marxismo ha tenido un efecto muy desigual en diversos campos del conocimiento científico y, en todo caso, aún no se traduce en un desarrollo correlativo y coherente de las tácticas y las estrategias revolucionarias que deberían, precisamente, nutrirse y servirse del método de análisis marxista.

Si bien es cierto que a partir de 1959 los pueblos de Latinoamérica dejaron de ser objetos de la contemplación “científica” y pasaron a ser sujetos activos de la revolución, protagonistas directos de una historia que entonces comienza a ser su verdadera historia, es cierto también que el potencial revolucionario, la capacidad demostrada para combatir estuvo casi siempre más adelante, por encima o en contradicción con las hipótesis teóricas que informaban dicha práctica. La Revolución Cubana, en efecto, puso en crisis el antiguo y adocenado antimperialismo, cuyos fundamentos teóricos difícilmente podían rendir cuentas acerca de la especificidad de nuestras formaciones económicasociales: investigar la naturaleza del Estado, las clases sociales, el contexto internacional, etc., y menos todavía podían ofrecer alternativas capaces de unir e impulsar las luchas de liberación de los pueblos del continente. Se hizo necesaria –históricamente necesaria, se entiende– la “sorpresa cubana” para que la revolución entrara en una nueva fase de ascenso como no había ocurrido desde la primera mitad de la década de los treinta. La ruptura con el pasado liberal y positivista, la quiebra del dogmatismo anidado en la tradición política, se hicieron *objetivamente* necesarios en la búsqueda de nuevas soluciones para una problemática que se revelaba en radical contradicción con los esquemas prevalecientes. Pero este despertar teórico de las izquierdas se

combinó con un redoblado interés de los científicos sociales, en la metrópoli, por los problemas latinoamericanos. Por espacio de casi cinco lustros se debaten en los círculos académicos y políticos las nuevas teorías, los modelos y los más urgentes y decisivos asuntos de la Revolución, sin que la línea divisoria, la diferencia específica entre quienes sólo intentan reformular las ideas centrales acerca del *desarrollo* y el *subdesarrollo*, con la finalidad última de remodelar el statu quo, y quienes buscan ajustar la teoría a la realidad, se haga una línea de demarcación clara y precisa.

En esas condiciones la vuelta a Marx, a los principios esenciales de su teoría social, tenía – y tiene– que vencer tanto a la caricaturización dogmática como a los intentos “innovadores” y exclusivistas que, en definitiva, lo excluían como posibilidad válida en la explicación concreta de nuestras circunstancias. Proceso largo y difícil, la implantación de las ideas marxistas es, consecuentemente, el resultado de esa lucha ideológica y el resultado necesario de la praxis revolucionaria desarrollada durante todos esos años. Es la rica experiencia acumulada, el conjunto global de los éxitos y fracasos, de los avances y retrocesos, lo que hace posible –y más que eso, *necesario*– el regreso, o si se quiere, el redescubrimiento de los principios del materialismo histórico y la convalidación de un método: discutir colectivamente y ejercer la crítica. Algo se ha avanzado ya en este camino, como se muestra de alguna manera en este primer número de *Cuadernos Políticos*. Sin embargo, el movimiento real avanza mucho más rápidamente y es mucho lo que falta por hacer y plantear en problemas tan estratégicos como la teoría del imperialismo y la crisis; el carácter de la dependencia y la especificidad del desarrollo capitalista; la determinación precisa de las clases y grupos sociales; la crítica de la cultura, del Estado, etc., pero sobre todo es absolutamente necesario el análisis juicioso y radical de los “modelos”, de las alternativas tácticas para la transformación revolucionaria en cada país y en el continente entero.

Contribuir, en la medida de nuestras capacidades, a elaborar algunos de los instrumentos teóricos que permitan forjar esa teoría general es, en última instancia, el propósito que anima a *Cuadernos Políticos*.

La derrota chilena, más que la confirmación de una u otra *vía*, mostró dialécticamente hasta qué punto se hace necesario, en las condiciones presentes, eslabonar la lucha revolucionaria con un nuevo y más alto nivel de reflexión teórica. Tomar una posición significa, hoy día, admitir sin reservas la complejidad, toda la riqueza problemática que la realidad nos propone, como un momento decisivo en el proceso de establecer las prioridades y los objetivos prácticos.